

El jardín de los cerezos

Juan Grompone

A fines de los sesenta, en medio de aquellos turbulentos años uruguayos, hubo una memorable puesta en escena de "El Jardín de los Cerezos" de Chejov: Alberto Fontana y Nidia Telles eran sus protagonistas. Fue un éxito de público y de crítica.

Aquellos también eran tiempos turbulentos para la Argentina. Onganía –en otro más los incontables golpes militares– había desmantelado lo que quedaba de la restauración intelectual del país, luego de la eficiente obra del Coronel Perón en favor de la ignorancia. Así fue que la Universidad de la República recibió con los brazos abiertos a muchos universitarios argentino que el nuevo mandón despreciaba. Entre ellos se encontraba Manuel Sadosky, un hombre admirable que organizó el primer centro de cómputos universitario y los primeros estudios de informática en el país. Sadosky, que siempre tuvo un fino olfato para detectar lo falso y una gran ironía para expresarlo, me dijo un día (palabra más o menos):

El Uruguay es como "El Jardín de los Cerezos", todo se viene abajo y los uruguayos están preocupados porque cortarán los cerezos.

En aquel momento me parecía que Sadosky exageraba, tal vez porque todavía sentía el ruido a la fusta argentina en sus oídos. Pero tenía una terrible razón, como el tiempo se encargó de demostrar.

En "El Jardín de los Cerezos" la familia protagonista, una familia arruinada, se ve enfrentada a tener que vender su casa solariega con su precioso jardín de cerezos ornamentales, los sakura japoneses, era maravilla que está más allá de toda descripción humana, a un burgués que cortará el jardín sin piedad para explotarlo comercialmente. Este es el terrible drama de la obra: vender aquella maravilla al bajo precio de la necesidad. No comprender que tal vez la supervivencia de la familia está antes que la pérdida del jardín maravilloso.

He vuelto a ver la obra y me resulta asombroso en qué medida aquella historia no solamente reflejaba la realidad uruguaya, también reflejaba el fin de la Rusia zarista.

La obra tuvo éxito, sin duda, porque de alguna manera le decía a los uruguayos lo que querían y esperaban oír. Era más importante teorizar y discutir que advertir que el país se encontraba en peligro mortal y que había que cambiar de rumbo drásticamente.

Ahora, bastante más viejo, entiendo que hace mucho tiempo que el Uruguay vive la aventura de "El Jardín de los Cerezos". Nadie quiere verdaderamente enfrentar la realidad, nadie soporta la idea de cortar los árboles, nadie quiere, en una palabra, enfrentar al futuro.

Esto es lo que le sucede al país; horror al futuro, terror a pensar en el futuro, imposibilidad de admitir que algo cambie. Nuestro jardín de los cerezos, que tiene muchas raras variedades (el cerezo Maracaná, el cerezo colegiado, el cerezo país culto, el cerezo universidad democrática y gratuita, el cerezo de la

solidaridad, el cerezo de la seguridad social, todas los exóticos cerezos que tenemos en nuestro jardín) y que nadie se atreve verdaderamente a cortar.

De estos cerezos nos ocuparemos. Es decir, del futuro. Esta columna se ocupará siempre, en forma directa o indirecta, del futuro. Por eso son necesarias unas precisiones iniciales.

Creo que no debe dejar de repetirse una idea muy simple pero que encierra toda una poción sobre el futuro: el futuro no es algo que exista y que se debe adivinar, estudiar o conocer; *el futuro se construye*. Desde mi punto de vista la astrología y todas las formas de la adivinación, la futurología y todas las formas de la adivinación "científica" se dirigen en una dirección equivocada, no opuesta ni contraria, sino equivocada. No se trata de adivinar o predecir, se trata de proponer y construir. Para que quede todavía más claro, quiero parafrasear las palabras de Marx –a quien frecuentemente acudo, yo no me avergüenzo ni reniego de él– que encierran el fondo de la cuestión: *no se trata de entender el mundo sino de modificarlo*.